



El pueblo de Vegaviana

El pueblo de Vegaviana, obra del arquitecto José L. Fernández del Amo, ya publicado ampliamente en la "Revista Nacional de Arquitectura", ha merecido para su autor la concesión de la primera Medalla de Oro Eugenio d'Ors, premio de la Crítica de Madrid 1959.

Con este motivo damos la enhorabuena a nuestro compañero y volvemos a traer a estas páginas, con nuevas fotografías, esta realización, auténtica diana de la arquitectura española de nuestro tiempo, con este comentario del arquitecto F. Sáenz Oiza.

Un nuevo pueblo. Otra porción más de tierra seca, fecundada por las aguas. Surgiendo, entre jaramagos y retamas, tomillos y jaras, la vieja encina del poeta:

Oh, tú, robusta y serena,
eterna encina rural.

Ya está, por obra de colonización, el agua abriendo surcos de plata sobre la tierra; ahuyentando de paso a la encina que se refugia en el pueblo nuevo para, antes de morir, brindar un último servicio al hombre: la sombra beneficiosa y la siesta grata bajo el sol abrasador de esta seca Extremadura. Vegaviana nace con árboles. Es curiosa la estadística para los árboles de París o Nueva York. Vegaviana les gana desde su niñez porque el arquitecto supo, entre encinas y con encinas, levantar una geometría perfecta de casas blancas. El encargo que el poeta reclama

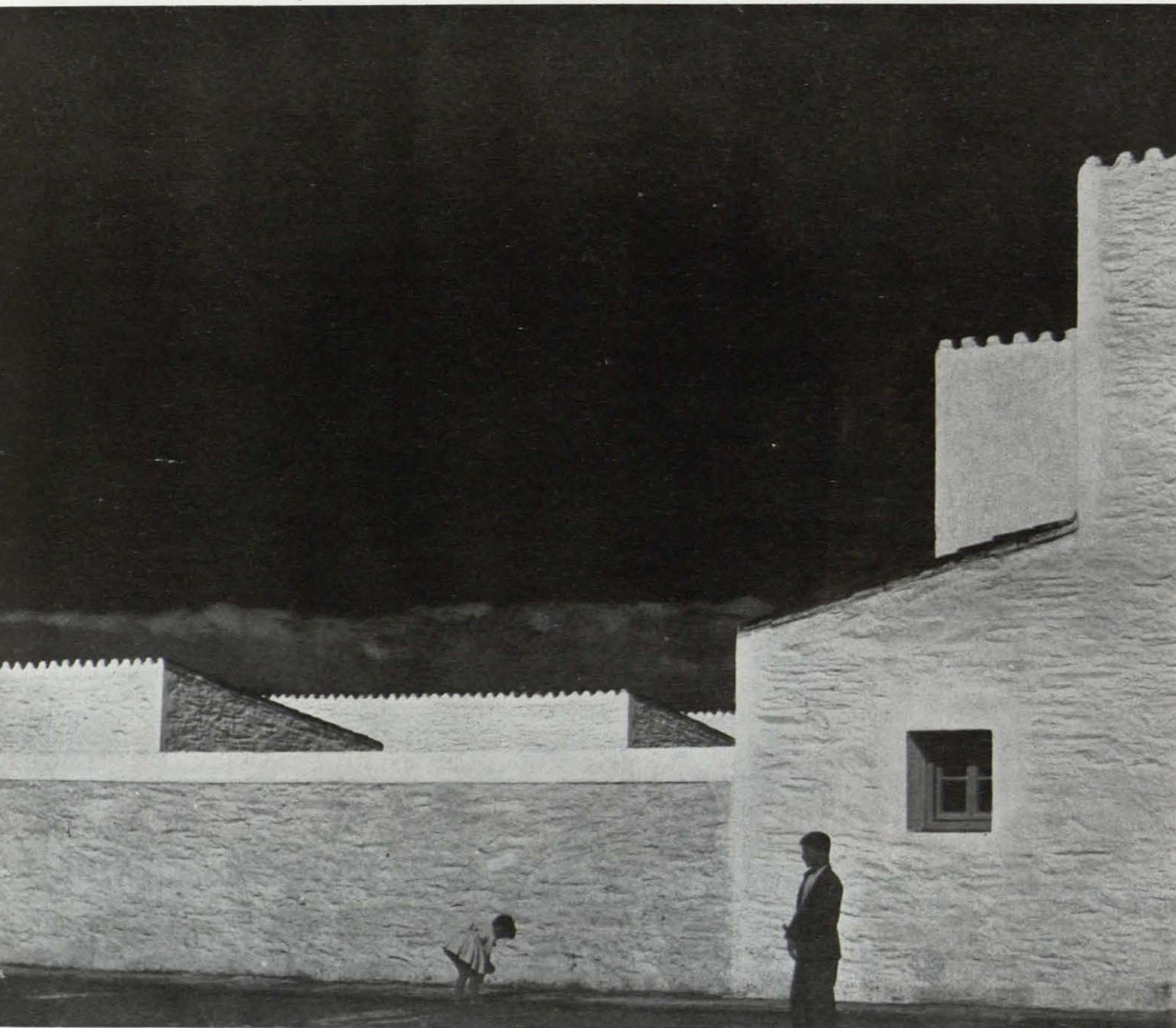
mientras que llenándoos va
el hacha de calvijares,
¿nadie cantaros sabrá
encinares?

Lo cumple el artista arquitecto, por que Vegaviana es una forma poética de decir: y si la transformación en regadío—hacha para la encina—barre el árbol, ahí está el nuevo pueblo dándole cobijo en sus calles, en un mutuo intercambio árbol-hombre de amor y subsistencia. Los que despreciamos el valor de la cantidad, hoy que todo es número, justificación tantas veces de lo malo, 100.000..., 200.000..., N mil viviendas, no podemos por menos que descubrirnos ante esta lección, no de número ni de cantidad, sino de extrema

calidad: calidad humana, calidad plástica, calidad social. Es la revalorización del paisaje del hombre—el pueblo es el más inmediato paisaje humano—, como parte esencial del hombre mismo. El valor de las cosas que nos rodean—vestido, árbol, casa—como algo de nosotros mismos; algo de nuestro “yo” más íntimo. Las gentes de Vegaviana, por Vegaviana serán mejores (1).

Vegaviana habla a la ciudad. Pudiera también mirarse Vegaviana—el comentario lo hacemos desde Madrid y por Madrid—como el ensayo de un pueblo nuevo, más humano, más a la escala espiritual y física del hombre, que urge y apremia a la capital a que,

(1) Zubiri, nuestro filósofo, dice que la filosofía actual ha logrado por lo menos plantearse en estos términos el problema de la realidad de las cosas: No son ni “hecho” ni “añadido”, sino un *constitutivum formale* y, por tanto, un *necessarium* del ser humano en cuanto tal. No es—dice Zubiri—que el sujeto exista y “además” haya casos, sino que ser sujeto “consiste” en estar abierto a las cosas. Y que la exterioridad del mundo no es un simple *factum*, sino la estructura ontológica final del sujeto humano. (*En torno al Problema de Dios*, Editora Nacional, 1955.)



imitándole, guíe sus pasos al Norte, entre sus hermosos encinares, cara al Guadarrama, abandonando el Sur, yesoso, inhumano y geológico, y, por supuesto, ese su quehacer actual, aún más trágico, ese su “engorde” circular y concéntrico, económico o antieconómico, con árboles o sin árboles, humanamente o inhumanamente. Frente a lo urbano o industrial —tantas veces lo inurbano y lo inhumano—, frente al crecer centrípeto de tanto gran núcleo la acción fecunda y colonizadora, irradiando nueva savia y sembrando de nuevos pueblos toda nuestra geografía. Queda mucho por hacer, sí, pero Vegaviana queda ahí como una lección magistral del arte humano de vivir. ¿A quién sorprende que aquellos arquitectos se entusiasmaran en Moscú, a raíz del pasado Congreso internacional de Urbanismo, ante la geometría perfecta, el espacio humano y perfecto de esta pequeña comunidad, en contraste y como contrapunto de tanto plan quinquenal y de tanto vasto programa, fiel siempre al número, a lo colosal y a lo desproporcionado? ¿A ustedes les extraña? Pues a mí tampoco. El ratón llama la atención al elefante.

